# LIBRO SEXTO.

## DECAIMIENTO Y EXTINCION DEL PAGANISMO.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Descreimiento general en el mundo greco-romano.—Espantosa corrupcion de costumbres.—Supersticiones.—Astrología y mágica.—Divinidades orientales.—Sueños.—Fatalismo.—Desolacion en las almas.—Caos religioso.—Suicidio.—Lujo de la sociedad romana.—Culto de los emperadores.—Su apoteosis.

A medida que las familias humanas fueron apartándose de su comun orígen, hemos dicho en la Introduccion de la presente obra, la luz que Dios había derramado sobre nuestros primeros padres y que conservaron Noé y sus hijos, fué amortiguándose con los delirios de nuestra razon caida y de nuestros apetitos desmandados: la tradicion se vició poco á poco, y el error se apoderó del mundo. El paganismo, cuyas divinidades, ritos y ceremonias en Grecia y en Roma quedan explicadas, representa en sus orígenes y en su crecimiento la coalicion de las pasiones y de la ignorancia de la pobre humanidad envilecida y engañada; si en él fueron desconocidas y

holladas las verdades esenciales de la moral, para los cristianos tan claras, en cambio la nocion fundamental de la Divinidad, su influjo decisivo en los asuntos humanos, su accion paternal y justiciera, jamas en Grecia ni en Roma, conforme acabamos de ver en los infinitos sucesos que á nuestra vista han pasado, desde los altos hechos de la epopeya hasta los más pequeños de la poética leyenda, jamas aquellos sublimes y verdaderos principios que son la clave y el sosten de la humana existencia fueron excluidos de las actos de la vida de familia ni de las relaciones sociales hasta que llegó la época de decaimiento y de ruina religiosa sobre la que nos toca decir en este libro algunas palabras.

Ya lo hemos dicho, con la invasion de los cultos orientales [1], con el espíritu de rebeldía y de exámen que animaba á la filosofía y sobre todo á favor de lo defectuoso, de lo vago, de lo vacío, de lo absurdo y vicioso de aquellos dogmas y ritos por el hombre inventados y por él mismo de cada vez más corrompidos, una duda general á la que sucedió horrible descreimiento envolvió al mundo greco-romano en los últimos tiempos de la gran república. El arcano de Eléusis, los misterios ántes tan famosos, no eran ya como en las épocas antiguas temidas ceremonias en las que no se atrevian á participar los delincuentes y de las que eran excluidas las cortesanas. Si hubo un tiempo en que las almas puras fueron á ellas en busca de alivio á las aflicciones de la vida y de esperanzas para la hora de la muerte, aquel tiempo había ya pasado y se veía muy lejos, pudiendo un romano de los primeros dias del imperio declarar justamente infame á la mujer que á tales ritos asistiese.

Y con todo, alterada por el orientalismo, que venía despojado de cuantos elementos morales encerrara y de todo elevado espiritualismo, atacada por los filósofos, cuyas inútiles y varias expeculaciones hemos de ver más adelante, la antigua religion romana, aunque corrompida por las fábulas griegas, aunque traspasada por herida mortal, continuaba en pié como antemural, no del buen órden social y del amor al prójimo, sino de una abstraccion á la que se daba el nombre de Estado. Roma había dominado al mundo con las victorias de sus armas y la fuerza de sus dioses; su pensamiento político fué desarmar á los pueblos al tiempo que se convertía en su guardadora, y despojarlos de su culto conservando la pureza del suyo propio. Para ella y sus adversarios constituía la fé parte del lazo nacional, y eran los dioses emblema de independencia.

Pero no destruyéndolos por medio de la violencia, sino absorbiéndolos por medio de la tolerancia pretendía Roma anular las religiones rivales. Al pié de los muros de una ciudad sitiada conjuraba respetuosamente al dios que la amparaba para que pasara al campamento romano donde sería bien recibido; rendida la ciudad, el vencedor doblaba la frente ante la divinidad vencida, y así fué como adorando á los dioses todos llegó á conquistar todos los pueblos.

De esta manera, no aniquiladas por la fuerza, pero sí anuladas por la tolerancia y la victoria, sucedió que las religiones nacionales de los pueblos gentiles perdieron á poco su influjo y hasta muchas de ellas la existencia. España y Galia levantaron altares á Júpiter; Iris y Serapis vieron aumentar el número de sus templos en Corinto, en Atenas y en Delfos; África adoró al mismo tiempo que las divinidades púnicas procedentes de Fenicia, los dioses griegos y romanos que los Escipiones le trajeran. Desapareció con esto, y áun ántes que esto, el carácter político de las religiones, aquel lazo que en los pueblos vencidos había unido el culto al patriotismo; cesaron en Grecia las fiestas nacionales; no se ofrecieron ya en Olimpia sacrificios en nombre de todos los Helenos; la Pitonisa, que tanto influyera en el gobierno de los Estados, se limitó á dar oráculos acerca de intereses particulares; la poderosa jerarquía de los sacerdotes egipcios descendió á ser humilde escuela de intérpretes de jeroglíficos.

Mas si esto sucedía con los demas pueblos, si Roma destruía en ellos la nacionalidad de la religion, no quería que lo mismo sucediera en su recinto, ántes bien, aspiraba á que aquélla se conservara incólume. En Roma, al rededor de los santuarios romanos, el Senado, como juez severo, erigíase en fiscal de las divinidades extranjeras, y esforzándose en mantener, al igual que la pureza de la sangre romana la pureza del culto, no consentía en admitirlas en la ciudad sino mediante exámen y aprobacion. Los dioses vencidos, naturalizados por un senado consulto *(dii municipes)*, convertíanse en dioses romanos así que Roma los había modificado á usanza suya y habia pulido en lo posible su culto. Comentando Ciceron las reglas del derecho pontificio, dijo:

«Nadie se atreva á tener dioses que le sean peculiares, ni tampoco á adorar á dioses extranjeros ó nuevos que no hayan sido recibidos oficialmente en la ciudad.»

Empresa era esta que por lo absurda y tiránica, dada su carencia de base y las numerosas excepciones que ella misma reclamaba, era superior á las humanas fuerzas, y Roma, en las tinieblas de la idolatría, fué otro elocuente testimonio de como el error llama al error y un abismo á otro abismo. Explicado queda como en la época de la segunda guerra púnica, cuando Africanos y Españoles ponían en peligro la existencia de Roma, tuvo el Senado, para satisfacer la exaltada supersticion popular y alegando los sibilinos oráculos, que enviar á Asia en busca de la piedra negra, imágen de la diosa de Pesinonte.

«En medio de tan repetidas catástrofes apelaba el pueblo á todos los excesos de la supersticion; hubiérase dicho que hombres y dioses se habían en un instante mudado. Dejó entónces de ser un secreto el desden

[1] Véase tomo I, págs. 258 y 299.



con que en el doméstico hogar eran miradas las antiguas divinidades, y el Foro y el Capitolio se llenaron de hombres y mujeres sacrificando y orando con ritos y ceremonias extranjeros. Los adivinos y los sacerdotes de remotas tierras cautivaban y fascinaban al pueblo, y cuando los ediles quisieron expulsar del Foro á aquella muchedumbre, corrieron grave riesgo de ser maltratados. Necesaria fué la intervencion del pretor, y el Senado reprodujo la prohibicion de los sacrificios extranjeros y mandó dar á las llamas gran número de libros de magia y conjuros.» (Tito Livio).

Algun tiempo despues no pudo el cónsul Lucio Paulo hallar quien se prestara á demoler un templo de Isis, levantado en el recinto de los muros, y él mismo hubo de empuñar el pico. Relatados quedan los horribles castigos que Roma horrorizada presenció en la procaz multitud que en las Bacanales se entregaba á inauditos atentados contra las costumbres, á envenenamientos y asesinatos. Andando el tiempo (año 614 de la fundacion de Roma), expulsó el Senado á los astrólogos caldeos, y á poco (año 669), á tal punto habían llegado las cosas, que dió un decreto contra las inmolaciones humanas. Cuando el tribuno Clodio hubo roto la valla á las populares supersticiones, permitióseles instalarse, ya que no en Roma, en los arrabales (año 704).

Al compas de tales excesos iba decayendo la fé y veneracion en los dioses y los dogmas nacionales; manteníanse las ceremonias de su culto, y todavía en una parte del pueblo ejercían influjo los recuerdos del tiempo pasado. Por haber violado el templo de Saturno fué César silbado en el Foro; sólo refiriendo apariciones y oráculos logró decidir á su hueste á emprender la marcha contra Roma; á aquel hombre, excéptico y descreido, viósele subir de rodillas los escalones del Capitolio, y Ciceron en la tribuna dirigió sus preces á la diosa del Enna. Establecido el imperio quedaban todavía prácticas, ceremonias, pero nada más: los hombres de la sociedad greco-romana creían más ó ménos en los dioses, pero en los dioses de su MITOLOGÍA no creían poco ni mucho.

Sabido es el dicho de Caton admirándose de que un augur pudiese mirar á otro sin caerse de risa; Ennio y Pacuvio, ámbos romanos, burláronse sin rebozo del arte augural, y Ciceron, el mismo que en su libro titulado *De las leyes* explicó al pormenor la legislacion sacerdotal, en amistosa conferencia con su hermano y Atico no vaciló en decir lo siguiente que se lee en otro de sus libros:

«La ciencia de los agüeros es respetabilísima y va encaminada al bien de la cosa pública y al mantenimiento de la religion nacional; pero una vez que estamos solos lícito ha de ser hablar con toda libertad.»

Y á continuacion hace estas singulares revelaciones: al igual que en los tiempos pasados existen augures y arúspices; como de costumbre, tiénense encerrados en una jaula los pollos sagrados para saber si comen llegada que es la ocasion del agüero; pero ántes se ha cuidado de dejarlos sin comer largas horas á fin de que aquél sea siempre favorable.—Examínanse con gran atencion las entrañas de las víctimas para proclamar las cosas extraordinarias que en ellas se lean; pero ¿quién es capaz de creer que los dioses se tomen el trabajo, llegado el instante del sacrificio, de transformar las vísceras inscribiendo en ellas lo que ha de suceder? —La antigua costumbre de subir á una altura para observar el cielo es escrupulosamente observada; con toda exactitud se pasa la noche entera en la tienda augural y sin haber asomado la cabeza una vez siquiera bájase el dia siguiente diciendo que en la parte siniestra ha brillado un relámpago.—Los arúspices, cuyo deber consiste en considerar el vuelo de las aves, reciben previos avisos de los custodios de las sagradas pajareras, y cuentan al pueblo romano lo primero que les pasa por la mente.—Los auspicios son en las guerras un estorbo y un obstáculo, y con objeto de evitarlos existen generales á los cuales prohiben las leyes investigarlos; cuéntase de Marcelo que por no verse contrariado con un encuentro de mal agüero, hacía que en sus campañas le llevasen en litera cerrada.

En cuanto á los presagios, el mismo Ciceron, que en otro tiempo aprovechó la coincidencia de haber sido colocada en el Foro una estatua de Júpiter en el momento mismo de ser descubierta la conspiracion de Catilina, diciendo ser ella señal manifiesta de la providencia de los dioses, se manifiesta ahora ménos convencido.

«¿Fué la providencia, la desidia del artífice ó la falta de dinero lo que hizo diferir hasta aquel dia la colocacion de la estatua? pregunta, y responde: ¿Yo qué sé?»

«Existen dos religiones, decia el pontífice máximo Quinto Scévola en su curso oral sobre la jurisprudencia, 95 años ántes de nuestra era; una erudita y filosófica, ígnara otra y tradicional; una que no conviene al Estado en cuanto contiene muchas cosas inútiles y perjudiciales para el pueblo, otra que es la religion del Estado y que ha de ser y conservarse tal cual la tradicion la ha hecho.»

Y desenvolvimiento de este soberbio absurdo fué la teología de Varron, el más sabio de los Romanos. Empieza por sentar que á estar por hacer la religion romana la haría él de muy distinta manera, dando á los dioses nombres más verdaderos, suprimiendo imágenes que sólo conducían á comunicar al espíritu ideas erróneas, aboliendo sacrificios que nada significaban, y añade:

«Mas dado que la religion ya existe, importa que los buenos ciudadanos la practiquen y que en vez de desdeñar á los dioses se esfuercen en venerarlos y honrarlos.»

«En número de tres son las teologías, dice en otra parte de su obra; una fabulosa, que es la de los poetas, patrimonio del teatro y de los histriones; de ésta es lícito no creer la menor cosa; otra civil ó de los hombres de Estado, la cual es santa, venerable y digna de todo respeto; es la fé de nuestros mayores, la religion del pueblo. El sabio debe, por lo ménos, aparentar que cree en ella; ó para expresar mejor la idea, el sabio cree en ella, pero entendida como él sabe que debe entenderla. Hay, en fin, una teología natural ó la de los filósofos, y ésta, buena y exacta, explica todas las demas y da á comprender como tantas fábulas absurdas tomadas al pié de la letra, son verdaderas en cierto sentido.»

Ahora bien, ese misterioso sentido no era otra cosa que el medio comun de los estóicos, que más adelante explicarémos, ó bien la interpretacion de las fábulas por el panteismo cosmogónico ó por una continuada alegoría. Los dioses eran el mundo; sus contiendas las luchas entre los elementos, y aquí tenemos aquella misma teoría que dada por los mitólogos modernos con apariencias de novedad y remozada hemos puesto á la vista de nuestros lectores en varias páginas de estos relatos.

Pero tales explicaciones no quiere Varron que lleguen al pueblo: á éste no hay que decirle que los verdaderos dioses carecen de sexo, de edad y de cuerpo, que los ídolos pueden ser imágenes de la divinidad, no la divinidad misma. «Verdades hay, dice, que el vulgo no ha de saber, falsedades en que es bueno que crea.»

La desatentada empresa de mantener una religion para el Estado y el pueblo, al paso que se apartaban de ella los que se creían sabios é ilustrados, dió el funesto y natural resultado que no bastó á conjurar el genio de Augusto en su tentativa de restaurar las antiguas y decaidas instituciones de Roma. El gran secreto materialista y panteista, único recurso que pudo hallar el limitado entendimiento humano para sustituir las fábulas de la MITOLOGÍA, dejó de serlo muy en breve; el pueblo no tardó en saberlo, y acabó por no crer ni en lo nuevo ni en lo viejo: en lo nuevo por pueril é hipotético, en lo viejo por desacreditado y absurdo.

Pero á proporcion que en el mundo greco-romano se extinguía la fé en los antiguos dioses, crecía la supersticion, hecho que es constante en la historia de la humanidad, ya que si el hombre puede ahogar en su corazon la voz que le manda creer en un dios para amarle, no sucede lo propio con el miedo instintivo que á cada afliccion le hace pensar en un señor para temerle. De ahí mil locuras, mil sacrificios pueriles, inmundos, sanguinarios para satisfacer la potestad enemiga y comprar de ella el sosiego.

Un viento de supersticion, irracional, confuso, universal, popular, que alcanzaba hasta las inteligencias más distinguidas alzóse en el mundo poco ántes de proclamarse el gran imperio romano. La crueldad y la corrupcion que eran, por decirlo así, innatas en los cultos paganos como derivados de un alejamiento de Dios al impulso de la soberbia humana, dieron al fin su natural resultado en sangre y oprobio. Dicho queda en los anteriores relatos como prescribían aquellos el derramamiento de sangre humana y la prostitucion: el principio sanguinario y el principio disoluto aparecían en aquella sociedad dándose la mano y estrechamente unidos, y de ahí los combates de gladiadores y el nefando crímen que apénas tiene nombre en las lenguas modernas y del que ántes hemos dicho algunas palabras [1].

La agonía de los hombres, ya se llamara combate ó suplicio, arreglada, dispuesta y premeditada para servir al pueblo de espectáculo y de diversion, entre todas agradable y apetecida, será eterno baldon del paganismo antiguo. Sabemos ya las circunstancias verdaderamente horribles que acompañaban á aquellas sangrientas escenas y el lujo de crueldad en ellos desplegado. Augusto intentó en vano limitar el número de gladiadores á sesenta parejas por dia y quiso que su llegada al circo salvase la vida de un combatiente: ámbos decretos fueron revocados por el Senado á instancia del pueblo algunos años despues. De Trajano, del clemente Trajano se cuenta que, sobrepujando á todos sus antecesores, presentó diez mil gladiadores á la vez con aplauso del bondadoso Plinio el Jóven. En tiempo del piadoso Tito fué representada con toda verdad la muerte de Dédalo por el mimo Laureolo, es decir, un malhechor, que fué atado á una cruz y despedazado por un oso. Imperando Domiciano, Orfeo fué entregado igualmente á las fieras, y Mucio Scévola hubo, á pesar suyo, de mantener su mano en un brasero hasta verla consumida: sentencias judiciales que en forma de fiestas dramáticas eran con frecuencia ofrecidas al pueblo romano.

Y esta aficion á los espectáculos sangrientos no tardó en inficionar al país que en un principio los rechazara: la misericordiosa Grecia, cuyos altares más raramente que otros se mancharon con sangre humana; Grecia, que honraba la hospitalidad y consideraba sagrado al suplicante; Grecia, que en medio de la crueldad pagana, parecía haber conservado algunos sentimientos de fraternidad y compasion, dejó poco á poco desiertos los altares de la Misericordia para acudir á los juegos de gladiadores; gladiadores pedían los pueblos á sus magistrados, que no se atrevían á negárselos, y Atenas, la compasiva ciudad de Atenas, instalaba al pié de la Acrópolis, junto al lugar donde se reunían sus pontífices, en aquel teatro de Dionysos que fuera para ella una especie de templo, y que ilustraron Esquilo, Sófocles y Eurípides, la sangrienta arena. Tan cierto es, conforme observan los autores, que al unirse Grecia y Roma y al confundir su cultura, tomaron una de la otra, no las virtudes, sino los vicios. En aquella union el mal se hizo superior al bien, y el imperio, nacido bajo

[1] Véase tomo I, pág. 192.



el doble influjo de Roma y de Grecia, perdió del todo así la antigua austeridad y castidad romana que tenía la desnudez por deshonra, como aquel espíritu compasivo de Atenas, que rechazara tiempo atras los juegos de gladiadores á fin de dejar en pié aquel altar erigido á la Misericordia.

Si hubieran de citarse siquiera los más sabidos ejemplos que comprueban en cuán poco, segun la moral pública, era tenida la vida de los hombres por aquellas sociedades descreidas y ávidas de sangre, podrían llenarse casi todas las páginas del presente tomo. Conocido es el derecho de muerte, que con general asentimiento se arrogaba el vencedor sobre el vencido y el cautivo, considerándose la esclavitud como una atenuacion del mismo *(servi, servati)*. Julio César el clemente mandó que fuesen inmolados cuatro mil Helvecios vencidos y que á muchos miles se les cortaran los puños. ¿Qué más? el derecho de vida y muerte del padre de familia, caido en desuso en cuanto á los adultos, subsistió siempre respecto de los recien nacides. Mandaba la ley dar muerte al infante contrahecho, pues, segun Séneca, efecto de razon era, no de cólera, separar de los miembros sanos los inútiles.

Al nacer el infante era en Roma colocado á los piés del padre de familia; si éste le reconocía y aceptaba por suyo tomábalo en brazos y lo levantaba hasta la altura de su cabeza; si por el contrario lo dejaba en el suelo, era el recien nacido arrojado al Velabro, donde á veces era recogido por la compasion de un transeunte ó donde más comunmente perecía de hambre y de frio. En varias ciudades griegas eran vendidos como esclavos por ministerio del magistrado los hijos á quienes sus padres no podían sustentar, y por esto vése á aquellos legisladores poseidos del constante temor de que se multiplicara con exceso el número de los ciudadanos. Platon en el libro de las *Leyes* fija su número en 5,040; 7,000 fueron los ciudadanos de Esparta y 20,000 á lo más los de Atenas. De ahí por fin la dureza desplegada contra el extranjero y el esclavo, pues de tratarlos blandamente hubieran podido deslizarse entre los ciudadanos; de ahí sobre todo los abortos forzados, los infanticidios, la exposicion de los hijos recomendado todo por los filósofos y por los políticos de Grecia y Roma.

«La pobreza, más que el vicio por excelencia y la mayor vergüenza, dice un historiador de Roma, era proclamada sin pudor el vicio único; por dinero el hombre político vendía la patria y su libertad el ciudadano; con dinero se obtenían grados en el ejército y votos en los jurados; por dinero la noble matrona se entregaba como la prostituta callejera; las falsedades en escrituras, los perjurios eran el pan de cada dia, y un poeta popular llamó al juramento prestado en juicio «un emplasto echado á las deudas.» El significado de la palabra honor había caido en completo olvido, y quien rechazaba la corrupcion no era tenido por un hombre íntegro, sino por enemigo. Seguro estoy de que no habría de bastar la estadística criminal de todos los tiempos y países para hacer digno juego con el cuadro de los crímenes repetidos, odiosos y contra naturaleza que ofrece á nuestros ojos la causa de Aulo Cluencio, caballero romano que en Apulia envenenó á su suegro. Ciceron le defendió, y tanto como la elocuencia del abogado salvó al reo el cohecho de los jueces.» (MOMMSEN).

A esta espantosa corrupcion de costumbres, que tenía por dechado y modelo las asquerosas fábulas mitológicas que llevamos referidas, acompañaban, hemos dicho, las más bajas y repugnantes supersticiones. El descreimiento y la supersticion, como siempre sucede, iban cogidos de la mano, y sembraban vergüenza y horrores en el mundo antiguo. De cada dia aumentaba la fé en los talismanes, en los sueños, en los presagios de toda clase. Horacio preguntó á su amigo Julio Floro, tan descreido como él, si creía en sueños, en la magia, en fantasmas, en nocturnos sortilegios, y la contestacion fué afirmativa. Por haberse caido una vez, el incrédulo Julio César no subía jamas al carro sin pronunciar una palabra mágica que había de preservarle de mal. A Augusto le asustaban los truenos, lo mismo que los sueños y los más pueriles presagios; á haber calzado aquel dia el pié izquierdo ántes que el derecho, atribuyó una sedicion de sus soldados. Livia, estando en cinta, hizo empollar un huevo para saber si paríría un varon, y habiendo nacido un pollo con una cresta soberbia, se tuvo por seguro presagio del reinado de Tiberio. Y el mismo Tiberio, gran enemigo de los dioses, dábase á temblar por los vaticinios de un astrólogo y llevaba unas hojas de laurel para librarse del rayo.

La astrología, supersticion del ateo, fué la dominante en aquellos siglos de barbarie, por más que muy cultos y refinados. «Grandes y pequeños, dice Plinio, doctos é ignorantes, se precipitan hacia la astrología.» Catilina, Marco Antonio, Augusto, Agripa recurrieron á ella; Tiberio adoraba á su astrólogo Trásilas; Neron ántes de dar muerte á Claudio, Galba ántes de levantarse contra Neron, Oton ántes de hacer morir á Galba, consultaron á los adivinos, y los médicos más á la moda escogían para dictar los remedios precisamente la hora indicada en el horóscopo formado al nacer. El sabio Plinio, á la vez que hacía á la divinidad objeto de sus burlas, se nos ofrece como el más crédulo y supersticioso de los hombres, y no hay conseja popular que no tenga cabida en sus escritos. Los hermafroditas, los infantes que vuelven al seno de la madre, los hombres trocados en mujeres, la piedra que puesta debajo de la almohada inspira sueños verdaderos, las altas dotes del niño que nace con dientes, la longevidad de quien cuenta una muela más que de ordinario, el funesto sino del infante que sale al mundo de piés, Plinio lo admite todo, lo cree todo. Contra la mordedura de la víbora es seguro remedio la saliva de un hombre en ayunas; para curar al hombre á quien involuntariamente ha herido

escúpele en la mano, y con toda gravedad y gran extension trata de las curaciones por medio de mágicos conjuros.

Los adivinos ó magos de Roma solían reunirse en las Esquilias, lugar circuido de sepulcros; de ellos se decía que empleaban el hígado y el corazon de los muertos en la composicion de sus filtros y brevajes, y por Virgilio sabemos que era muy comun entre los mismos fabricar una figura de cera parecida á la persona cuyo tormento les estaba encomendado, creyendo que cuanto á la efigie aplicaban, llegaba aquélla á sentirlo en realidad. Ademas de aquel poeta, Horacio, Luciano, y el mismo

Fig. 703.—Horacio.

Séneca trataron con extensos pormenores de las ceremonias mágicas, las que iban con harta frecuencia acompañadas de derramamiento de sangre. Cuéntase que Majencio abría el vientre de las mujeres embarazadas para leer en las entrañas de los infantes la suerte á sus armas destinada. El tribuno Polentiano fué convicto de la muerte de una mujer en cinta para saber por el feto el nombre del futuro emperador, y dicho queda cómo el monstruo Heliogábalo sacrificaba los niños más hermosos en sus horribles sacrificios.

Finalmente, aquel Luciano no ménos incrédulo que Plinio, el mismo que decía estar el mundo abandonado al azar, tenía ciega fé en la magia, y si no creía en la Providencia divina, admitía el poder de una vieja natural



de Tesalia ante cuyos conjuros se humillaba. Tácito, que tampoco admite la Providencia, cree de buen grado en sueños y presagios. Razon tenía, pues, aquel historiador, cuando decía que Roma, metrópoli del mundo, era el resúmen de todas las supersticiones, la cloaca donde se acumulaban todas las impurezas de la tierra.

Porque, en efecto, á ella habían acudido, conforme sabemos, las abominaciones todas del mundo entónces conocido. Los Galls de Berecinta se entregaban por aquellas calles á sus danzas singulares; los dioses de Egipto, proscritos en un principio, acabaron por ser reconocidos por las leyes. En vano había luchado Augusto contra aquella invasion extranjera: Isis, Serapis, el divino buey Apis eran ya en su época los verdaderos dioses del pueblo de Roma y de varias ciudades de Grecia; á ellos invocaban los enfermos, por ellos se hacían los juramentos más temidos, al rededor de sus altares se congregaban doncellas y matronas. Germánico, el ídolo de Roma, y su esposa Agripina quisieron adorarlos en los mismos santuarios egipcios. Isis, hemos dicho, tuvo en Corinto uno de sus santuarios más famosos; en las puertas de Memfis ó de Tébas una nueva familia de dioses, cuyo Zeus llevaba el nombre de Serapis, contó con adoradores y altares á los que empezó por

Fig. 704.—Germánico.

Fig. 705.—Agripina.

negarse el ingreso en las ciudades; pero que al fin se instalaron en ellas como soberanos, trayendo cada uno como culto peculiar ritos y misterios sangrientos ú obscenos. En la época de Ciceron misterio y abominacion habían llegado á ser sinónimos.

En el desierto de aquellas almas sin fé, en el laberinto de aquellas inteligencias sin convicciones religiosas, base de todas las demas, en el tumulto de aquellas conciencias sin brújula, en el sepulcro de aquellos corazones sin esperanza, ¿á quien habían de alzar los ojos los hombres del mundo greco-romano para pedir las riquezas y el deleite, de que tan ávidos estaban? ¿Á quién, en los momentos en que sintiesen el vacío y la impureza de su pecho, pedir reconciliacion y paz? ¿Á quién, para alcanzarlas, dirigir preces y sacrificios? En medio del caprichoso despotismo de los Césares que, especialmente en Italia y en Roma, elevaba ó anonadaba á un hombre de la mañana á la tarde, ¿de quién implorar amparo para sus bienes, respeto por su existencia? A la tierra, al cielo, á los infiernos, á cualquier lugar donde pudiese existir una potestad más exorable y ménos ciega que la del César, allí habían de acudir los hombres para hacérsela propicia, y así era como, desacreditados cada vez más los antiguos cultos, apelaba la supersticion á dioses monstruos ante los que el hombre se anonada, ó á divinidades familiares que podía llevar en el dedo.

Cien cultos exóticos y sin asiento estable iban recorriendo las ciudades griegas é italianas: ya eran los sacerdotes de la diosa siria, llevando en un jumento su temido ídolo, ya el seguidor de Isis vestido de lino, ya el adorador de Anubis de cabeza de perro. «Temed la cólera de los dioses, gritan á aquellos pueblos envilecidos; id á Meroe en busca de agua del Nilo, y vertedla en el atrio del templo de Isis. El infortunio pende de un hilo sobre vuestras cabezas; corred á la expiacion.»

Por mucho tiempo las leyes romanas proscribieron esos nuevos cultos; Tiberio expulsó á los adoradores de Isis, condenó al suplicio de cruz á sus sacerdotes, derribó su templo y mandó arrojar el ídolo al Tiber. Pero ni sus rigores, ni las medidas del emperador Claudio contra la invasion, alcanzaron á contener el furioso torrente del fanatismo antiguo. En tiempo de Neron,

quien sólo rendía adoraciones á la siria Astarté; de Neron, que se atrevía á bañarse en la sagrada charca conocida con el nombre de Marcia, que profanaba el oráculo de Delfos y violaba á una vestal al tiempo que tenía ciega fé en los talismanes, volvieron aquellos cultos al recinto de las ciudades: Roma, cansada de sus inútiles plegarias y sacrificios á Júpiter y á Marte, se hizo caldea, siria y sobre todo egipcia. Vespasiano fué á consultar á los dioses de Memfis; en el lugar más céntrico de Roma se alzaron los templos de Isis y Serapis con sus obeliscos, sus jeroglíficos, sus infinitas estatuas y las oscuras estancias destinadas á las supercherías é infamias de su culto.

Los misterios no se escondían ya en el secreto de los templos, sino que se encontraban en las calles, eran explicados al pueblo, y en cada esquina se hallaba un charlatan que brindaba con la iniciacion mediante extrañas y repugnantes ceremonias. El plañidero Adonis, el afeminado Atis, los monstruosos Cabiros, objetos de adoraciones secretas, tenian sus adoradores en las calles de Roma, y veíanse constantemente rodeados por numerosos grupos que tomaban parte en extrañas ceremonias. Caidas ya en menosprecio las ciencias oficiales de Grecia y Etruria, á los adivinos y arúspices suceden en el favor popular agoreros armenios, astrólogos caldeos, magos frigios é índicos, hechiceras de Tessalia, quirománticos y otros varios vaticinadores de lo futuro y de la suerte á cada uno destinada.

Contábanse hasta cien clases distintas de adivinacion. Las casas opulentas solían tener un familiar astrólogo en igual línea que el familiar literato ó médico; mediante salario dábanse el lujo de ver siempre junto á sí á un confidente del destino: «raza venal, dijo de ellos Tácito, en la que no deben contar ni el poder de los grandes ni la esperanza de los pequeños.» Y sin embargo, vióse al filósofo Marco Aurelio consultar á los magos ántes de partir para la expedicion de Germania; Séptimo Severo reunió una biblioteca entera de obras de magia, que despues de consultarla y aprenderla de coro, encerró en el sepulcro de Alejandro Magno. Caracalla siguió las tradiciones de su padre, cuyo espíritu evocó junto con el de Cómodo. Tambien tenían cierta boga los sortilegios de los pueblos bárbaros del Norte y especialmente de los Druidas, y sus oráculos, prohibidos por Tiberio y Claudio, fueron consultados por Aureliano y Diocleciano.

En Italia, lo mismo que en Grecia, fué el culto de Hécate como el centro y la sancion de todas las artes mágicas. Aquella diosa, cantada por Hesiodo, alcanzó gran favor en la época de la decadencia, representando en ella la parte sombría de la naturaleza, el reinado de los sepulcros y de los espíritus de las tinieblas. En Antioquía fundó Diocleciano un culto subterráneo de Hécate en una cripta á la que se bajaba por 365 escalones. Las fórmulas consagradas y varios monumentos representan á Hécate en compañía de Baco, Serapis, la Magna Diosa y Mithra.

Entre tantas supersticiones de innumerables formas ocuparon los sueños muy principal lugar: la voluntad de los dioses se manifestaba con preferencia por medio de sueños; por la puerta de marfil eran por lo comun recibidos los consejos y los remedios todos. Un sueño descubrió á Marco Aurelio un remedio para sus males; un sueño advertía á Pausanias para que no revelara los secretos de la Demeter ateniense; otro inspiraba un libro al ateo Plinio lo mismo que al incrédulo Luciano; en sueños concibió Arístides muchos de sus discursos. Un atleta aprendía en sueños por inspiracion de Esculapio el golpe que había de derribar á su adversario, y eran varios los templos únicamente abiertos á aquellos á quienes el dios allí adorado llamaba por medio del sueño.

Si éste era el paganismo ó la supersticion de los hombres ilustrados (como ahora se diría) ¿qué había de ser el paganismo popular? Para tener de ello una idea basta considerar el largo catálogo que de Luciano se conserva conteniendo las maravillosas recetas en que el pueblo creía á pié juntillas y que los doctos no rechazaban del todo. Dormir encima de una piel de corza curaba de la gota; había magos que hacían descender del cielo la luna y correr en pos del amante la mujer que ántes le resistiera; en un Babilonio residía la facultad de reunir á todas las víboras de una comarca. Estatuas que andan, difuntos que vuelven á la vida, fantasmas salidas del sepulcro, Hécate alta de medio estadio (100 metros) y acompañada de perros enormes cual elefantes, piedras sonoras y parlantes, de todo hay en la compilacion del retórico griego, formando por precision como una eterna pesadilla. La idea religiosa en lo que es pura, elevada, consoladora, fortificante y luminosa en sus dogmas de inmortalidad futura, teoría filosófica confinada en los debates de escuela, estaba poco ménos que perdida entre el pueblo. Un misticismo terrestre, material, tenebroso, muy distinto del celeste, espiritual y luminoso de los cristianos, anonadaba al hombre por completo.

Y esta enfermedad, grave ya á la caida de la república romana, agravóse más y más, sin que acertaran á curarla y ni siquiera á atenuarla los propósitos restauradores de Augusto, á medida que iban pasando los años y los siglos: era emperador el filósofo Marco Aurelio y por primera vez fueron llamados oficialmente á Roma todos los sacerdotes y magos de Oriente para invocar allí, segun sus peculiares ritos, á sus respectivos dioses en favor de la ciudad diezmada por el hambre, asolada por la peste y amenazada por la guerra.

Pero ¿cómo conciliar y compadecer tanta carencia de fé con tanta credulidad? Con una sola palabra, el fatalismo, que era en aquellas épocas, como siempre, el punto de enlace del ateismo y la supersticion. Con él la astrología, la magia son hasta cierto punto lógicas y racionales, en cuanto se dirigen á investigar y descubrir las causas inmutables que, segun Plinio, «decretó Dios de una vez para abismarse luego en su eternidad.» Por esto los esto los estoicos, que creían en el destino, admitían como consecuencia la adivinacion y los presagios.



«Por medio de las ciencias ocultas, dice un historiador de los Césares, imaginaban aquellos Romanos librarse de la accion de la Providencia. El hombre sin creencia positiva, sin verdadera conviccion religiosa, siéntese atormentado por la necesidad de entrar en relacion con las causas superiores. Por lo mismo que no abriga esperanza alguna de mudar lo que ha de suceder, desea al ménos saberlo, y cuanto más cree en inquebrantables leyes matemáticas, tanto más espera descubrirlas en sueños y presagios. De una existencia honesta y justa, de fervorosas plegarias ¿qué puede esperar? Nada: por lo mismo espera algo de los hechizos y de los agüeros... Por haber colocado toda potestad y toda fuerza fuera de sí mismo y de su inteligencia, busca la fuerza y el poder en lo misterioso, en lo ininteligible, ya que á pesar de cuantos sistemas puede crear el hombre sobre la inmutabilidad de las leyes del destino, es para él una necesidad desear y esperar. Si no espera en Dios, esperará del adivino ó del astrólogo.» (Champagny).

En su atea misantropía explicó Plinio en pocas palabras la situacion:

«El culto de los dioses, dijo, olvidado y abandonado por unos, es juzgado por otros como vergonzoso y bajo: entre una y otra doctrina el linaje humano se ha formado como un término medio ó sea una especie de dios que todavía oscurece y confunde más las ideas que acerca del Sér divino podemos concebir: en todo el ámbito del mundo y á todas horas no hay voz que no invoque la suerte, y para que más y más se ignore y se dude de lo que puede ser un dios, el destino ha pasado á serlo nuestro.»

Todo en el mundo greco-romano conspiraba á realizar esta postrera y desoladora consecuencia, única á que podía llegar la humanidad culpable y no redimida: así el escepticismo práctico de la filosofía que nos toca ver en el capítulo siguiente, á consecuencia del cual fué disminuyendo en la sociedad la fé en fuerzas inteligentes, como el panteismo que se encerraba en la mayoria de las fábulas mitológicas y que contenía en su seno el fatalismo como consecuencia inevitable; así la horrible corrupcion de costumbres, hija de la falta de moral religiosa y clave para explicar la mayor parte de sediciones, asesinatos é infamias que en aquellos siglos presenció el mundo, como el despotismo imperial de un Tiberio, de un Neron, de un Heliogábalo y de tantos otros monstruos, amenaza constante, enemigo irresistible y ciego, golpe rápido y mortal.

Por esto, junto con el malestar y la íntima congoja que experimenta todo pueblo fatalista y degradado y que se cierne en la atmósfera durante los últimos siglos del mundo romano, vióse aparecer como una especie de religion sin esperanza y sin consuelo. «La potestad de la naturaleza, el alma universal es, segun Plinio, el único y verdadero dios.» «Es, dice un poeta, un dios poderoso, más poderoso que la magia misma. No es una de las risueñas divinidades de la antigua Grecia á la cual se adora ceñida la frente de floridas guirnaldas, á la que son dedicados plácidos cantos y ofrecidas en holocausto blancas víctimas; no, es un dios ciego, inexorable, rodeado de tinieblas, y su poder sólo para el mal se manifiesta. Es un dios que puede castigar, pero salvar nunca. A su sólo nombre se conmueve la tierra... No mora en el cielo, sino en las profundidades de los abismos, debajo de los infiernos mismos, en antros en que ni el pensamiento acierta á penetrar. El Tártaro es para él el cielo; no consiente ser invocado sino por labios impuros, y quiere sangre humana en las entrañas de sus sacerdotes.» (Lucano).

Es que, en efecto, lúgubre y degradante ha de ser siempre el culto de la fatalidad; el hombre se envilece y se aniquila al adorar lo que carece de inteligencia y libertad, y parece como que en aquella triste época se complaciesen los mortales con gozo siniestro en el envilecimiento del alma.

«El mundo greco-romano, dice un historiador, ponía á su divinidad lo más bajo posible para más envilecerse al adorarla; esforzábase en creer al infierno más poderoso que el cielo, la materia superior al espíritu, la fuerza al derecho, la nada á la vida. Gustaba de encontrar en el órden sobrenatural la justificacion del órden social, la apología de los césares y de sus adoradores. ¿Qué otra cosa era Neron sino el destino presente y visible, como él injusto, amenazante y ciego, como él adorado y respetado por el mal que podía causar.» (Champagny).

Resulta, pues, de cuanto llevamos dicho que en esta última época, despues de arrolladas y vencidas las tradiciones homéricas por las tradiciones orientales, por la filosofía y por el espíritu cosmopolita que desenvolvieron las conquistas de Alejandro primero y luego el establecimiento de la unidad romana, cuyo culto nacional cayó tambien en descrédito, hallóse la sociedad invadida por los ritos de Oriente, por las fábulas griegas, por las sombrías tradiciones de los misterios, por la implacable crítica de los filósofos, formando como un verdadero caos, en el que dominaban la supersticion temerosa é insensata, la devocion material y descreida: los instintos primitivos del politeismo poníanse de cada vez más en evidencia y cobraban mayor pujanza. Culto supersticioso hacia los dioses antiguos y nacionales, establecimiento de dioses nuevos y extranjeros, misterios corrompidos, adivinacion, ciencias ocultas, talismanes, ninguna de las locuras del espíritu humano deja de tener devotos y seguidores, y por fin de aquella confusion y amalgama, del panteismo que sobre ella sobresale, brota la doctrina ó por decir mejor, el sentimiento universal del fatalismo

aceptado por la generalidad y convirtiéndose casi en una religion.

Y del fatalismo que excluye á la vez los dos grandes remedios de los hijos de Adan, como son la resignacion y la esperanza, nacía, junto con la ignorancia del supremo Sér, el odio hacia los hombres: no sabiendo explicar por medio de la Providencia las miserias de la humanidad, recurríase á hacer burla de ellas. Soberbio desden hacia el humano linaje, misantropía sin moral, investigacion rencorosa y desapiadada de todas las flaquezas de nuestro sér, envenenando con la ponzoña del sarcasmo y de la desesperacion las heridas que reciben los hombres en su mundanal camino, esto, y sólo esto se encuentra en los fatalistas escritores de aquellos siglos.

»El hombre animal miserable y orgulloso á quien el olor de una lámpara mal apagada basta para destruir en el seno materno, arrojado desnudo á la tierra tambien desnuda, comienza la vida con llanto y gemidos... Las lágrimas son uno de sus privilegios, y hasta los cuarenta dias no le es dada la risa... Sólo por sus padecimientos puede saber que vive, y su único delito es haber nacido... Él sólo, entre los animales todos, tiene por

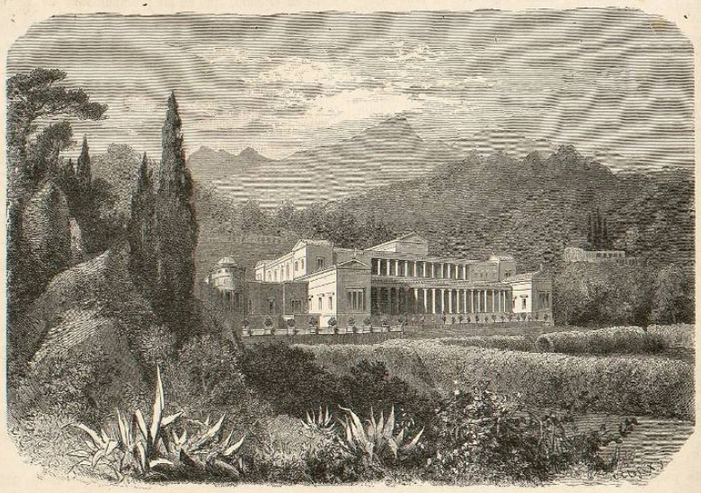

Fig. 706.—Quinta de Plinio el Jóven. (Reconstruccion).

instinto el llanto; sólo él sabe lo que es la ambicion, el supersticioso temor, el cuidado de la propia sepultura, el afan por lo que ha de suceder despues de muerto... No existe animal de existencia más frágil, de deseos más impetuosos, de temores más punzantes, de ira más furiosa... El más grande de sus goces no basta á compensar el menor de sus dolores, y su vida, muy corta ya de suyo, vése abreviada por el sueño que se lleva la mitad, por las noches, que son un suplicio si se pasan sin dormir, por la infancia, que vive sin pensar, por la vejez, que sólo vive padeciendo, por los duelos, por las enfermedades y por los achaques. Aunque la brevedad de tal vida sea sin duda el mejor presente que debe á la naturaleza el hombre, en su mísero existir, quiere vivir más y más; la pasion de la inmortalidad le atormenta; cree en su alma y en otra vida más allá del mundo; adora á los manes y cuida de los restos de sus semejantes... Ilusiones infantiles que de ser verdad despojarían al hombre de toda esperanza de descanso. Con ello quiere arrebatársenos el mayor bien de la vida, que es la muerte, y la muerte pronta é imprevista, para convertirlo en calamidad nueva y más cruel, en cuanto únicamente serviría para conducirnos á nuevos dolores. Privados como estamos de la suprema dicha de no haber nacido, déjesenos al ménos el único consuelo de volver á la nada. Sí, sí, no hay duda: el hombre acaba allí mismo donde empezó; despues de morir es aquello mismo que fué ántes de nacer.» (Plinio).

Y Lucano, á su vez, hablando en sus versos como Plinio en su prosa, negando la Providencia y creyendo que todo es obra del azar, erige la muerte en bien supremo, tanto que debería ser otorgado únicamente á los hombres virtuosos, y esto no porque libre y emancipe sino porque apaga la parte inteligente del hombre; no

BANQUETE DE TEREO.